A LA SOMBRA DE JONÁS MOM

JULIÁN GRANADO

A LA SOMBRA DE JONÁS MOM

Julián Granado

avant
editorial

Primera edición, abril de 2021
© **Julián Granado, 2021**

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Impreso en la Unión Europea

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad

ISBN: 978-84-18460-86-9
IBIC: F

Imprime Podiprint



I

Este anochecer preferiría las anchas avenidas napoleónicas, de aceras iluminadas y rutilantes pantallas publicitarias, que remiten a una especie de mundo feliz no afectado por los atascos. Pero esta calle de Pío XII, tan angosta, no está panorámicamente acondicionada para deglutir los embolismos que la congestionan. Alternan en ella unos pocos tramos de neón con otros muchos encajonados entre tapias de solares sin edificar, talleres grasientos y locales diminutos de oficios en vías de extinción. Feo paisaje urbano.

Él procedía precisamente de ese lado oscuro de la calle cuando lo ha sorprendido el embotellamiento, junto a un puesto de verduras marchitas. El revoloteo de sus ojos se posa sobre la arrodillada estatua de un pordiosero, en la puerta de la cercana farmacia, tras un cartel marrón en el que se lee «parado» y «alludarme». ¡Cielos!, se dice angustiado, ya solo faltaba eludir el vacío existencial del atasco para ir a caer en el pozo del drama social.

Y apartando la vista, el instinto errabundo del automovilista detenido se alejará para buscar la fugaz compañía de

los peatones. Así, se cuelga provisionalmente del brazo de la señora que viene de la botica. O se aúpa a los globulosos hombros del joven que estruja bajo la axila una cinta de vídeo. O se fija en el señor que carga con un envoltorio en forma de muslo. El hombre frunce metódico las cejas mientras destella el muñequito rojo y, al tiempo que agarra la pezuña como un penitente la cruz, calcula el saltito que le librará los zapatos de mojaduras…

El satisfecho comprador del jamón se le hace tan entrañable que decide seguirlo con la vista, hasta el definitivo mutis por la esquina del apéndice de pata negra. Por eso tiene, como un muñeco mal ensamblado, la cabeza mirando al pasado de la calle, y presiente el chasquido del pinzamiento vertebral cuando quiera enderezarla.

En estas lo sobresalta un bocinazo cercano, al que se suma una salva de ellos. Y él vuelve los ojos al parabrisas con brusquedad de quiropráctico, a tiempo de incorporarse a la pitada festiva. Pues acaba de abrirse el semáforo.

El hombre posee un mismo reflejo de expresión acústica para la rabia y el regocijo. Percute la cacerola en la penumbra de las dictaduras y el claxon en circunstancias como las actuales, cuando por suerte les será dado avanzar unos metros, revivir el ciclo de la espera y la gratificación.

El coche de atrás no se le despega de la cola. Ni él de la del precedente, un artefacto prehistórico que en el maletero luce la aria estrella de la Mercedes Benz.

Sin previo aviso cambia el semáforo, del verde sedante al cítrico precautorio. Color de mal agüero, parpadeo que otorga libertad de elección en la misma medida que apercibe de los riesgos. El viraje sorprende al Mercedes de los sesenta a

medio camino. Apurando la marcha podría alcanzar por los pelos el refugio de la otra orilla… Así es que, sin dar muestras de vacilación, el cascado artefacto prosigue impertérrito. Hasta que le impide continuar la cola de automóviles de nuevo en punto muerto. Y tiene que detenerse. Justo en medio del cruce.

Estaba escrito que el trasto heroico se quedara bloqueado, y bloqueando el paso de la manada que desde la izquierda llevaba un rato acelerando en vacío.

Cuando justo por ese lado asoma el capó pez espada de un R12 azulina. Sin duda atraído por la curiosidad, se aproxima cauteloso hasta un par de metros del Mercedes, tan mal situado y tan sordo a los bocinazos de la ira, y allí se detiene husmeándolo.

De pronto el R12 se cimbrea como una barcaza, y es que su propietario se dispone a echar pie a tierra. Se diría audible su resoplido mientras se apoya en la portezuela y toma impulso para enderezar el corpachón. Tiene la cabeza pequeña y el pelo en mechones, de engrudo sudado por la calefacción. El tronco de barril le dilata los puntos del jersey, cuyo dobladillo se frunce por encima del ombligo como boca de pez. Echa a andar con resueltos pasos de compás, mientras alza unos brazos forzudos a ras de las clavículas, en la hercúlea pose de los gigantes circenses.

Un enfado de extremidades para el que no le faltan motivos, bien es verdad. Pero también lo es que no ha barajado todas las posibles justificaciones del Mercedes. Su conductor podría estar sufriendo un dolor en el pecho, o los coletazos de un desengaño amoroso, o la angustia de una indecisión…

Infarto, desamor o angustia, los atenuantes íntimos del Mercedes no le interesan al R12. De acuerdo con su complexión, el forzudo posee un fondo sentimental que no llega a impregnar su corteza racional. Sostiene que «la verdad solo tiene un camino», y al infractor o excéntrico que se sale de él se le reconduce en nombre de la razón.

—A ver, ¿qué haces tú parado ahí en medio? –gruñendo, cargado de razón, acerca a la ventanilla del Mercedes su barriga, cegándole la visión del exterior al chofer.

El cual, y según aprecia él desde su coche de atrás, es una canosa coronilla que persiste en su tortícolis altivo. Eso sí, con la oreja izquierda estará captando las reconvenciones del cívico tuerce barras.

Pero, según se desprende de su quietud, el encausado no se digna responder a uno solo de los cargos. Thor el del martillo se inclina entonces sobre el cristal a media asta, y con los ojos chispeantes le susurra algo. Más que la infracción le estará reprochando su miseria moral, que se encastilla en el desdén porque no sabe presentar una disculpa decente.

Y es justo entonces, más por su voluntad que apremiado por el aluvión de improperios, cuando el busto de la coronilla canosa se vuelve ligeramente hacia su interlocutor y le dice algo. Una frase lacónica, quizás un par de palabras o tres de sentido taquigráfico.

Y un par de segundos o tres serán los que se toma el mastodonte para condensar toda su furia. Quizás porque la ranura de la ventanilla es estrecha para lanzar a su través el puño, o la afamada chapa teutona demasiado dura para aporrearla, el caso es que opta por introducir su manaza por encima del cristal para agarrar la oreja que ha estado escuchándolo

sin atender a sus argumentos. Sus dedos no atenazan solo el lóbulo, la presa se cierne sobre el pabellón todo, como si arrugara un papel o arrancara una hortaliza de su inserción terrestre.

A él le parece increíble que el hombre de la oreja ultrajada no haya gritado ya, de miedo o desamparo, ante el tormento que parece nunca acabar. Y es entonces cuando percibe la punzada en el paladar, como una aguja fina que fuera a enclavársele en la base del cráneo. Luego comienza a segregar una saliva indiscernible y dura de tragar. El sufrimiento de perro apaleado parece ser contagioso.

En la rancia teoría de la lucha de clases quizás resida la explicación del castigo que está encajando el Mercedes, piensa. Puede que el R12 grandullón se haya visto sistemáticamente perjudicado por la veleta de las desigualdades. Puede que viniera echando cuentas al volante de lo que ha sido su asquerosa vida. Se ha equivocado o dejado equivocar en su matrimonio, en su profesión, en el número de hijos, en las hipotecas que contrajo... No conoce el amor por nada ni por nadie, se vendría diciendo, ofuscado.

¡Pobre coronilla la del conductor vejado! Víctima propiciatoria de la relectura existencial de un R12 frente al semáforo, de un dedo hastiado que se hurgaba la nariz y despegó la postilla de la frustración. No es justo, no, que se deje masacrar así por una discutible cuestión clasista. Algo tendría que hacer para zafarse del absurdo titular, «Muerto a resultas de una discusión de tráfico», que lo está rondando.

Y en efecto, ha reaccionado. Reuniendo el resto de sentido que le quedará en la zarandeada cabeza. Y la sangre fría que aún le regará las manos. Con todo ello acciona la manivela

del cristal, que comienza una trabajosa ascensión destinada a aprisionar la garra, o quizás solo a ahuyentarla. Consigue lo último. El ogro del R12 suelta la presa y retira la mano como si la hubiera picado un alacrán.

—¡Ah! —grita. Un rugido de atacado, no de atacante. La mano magullada busca el abrigo mimoso de la otra y sus friegas tonificantes, mientras a cal y canto se cierra la ventanilla.

El sitiador la contempla desairado, abierto el compás de las piernas. Y aún no ha concebido la idea retorcida de dirigirse a la cerradura del Mercedes cuando este arranca, rechinando las ruedas como si fuera más joven.

Desde su coche, él lo ve torcer por la izquierda y colarse por una brecha que le ha dejado expedita la lotería de los semáforos.

—¡Anda y vete a tu tierra, cerdo! —vocifera el energúmeno del R12 su proclama racista.

La huida lo ha dejado plantado. Como al parado del cartón petitorio, que iba emergiendo de su modorra desclasada para tomar partido. Y a la concurrencia toda, que nunca tiene bastante con ningún espectáculo, ya sea auto de fe o combate pugilístico, y se deprime cuando concluye.

II

Su despertar es inmediatamente posterior al de ella, que se dispone a saltar de la cama. Inmóvil para no alertarla, él la espía con los ojos abiertos y el resto de la cara embozada.

Yola se ha incorporado y con la cintura forma un ángulo recto, apuntalándose en las palmas de las manos como en los descansos de una clase de gimnasia. Se parece, en esa pose, a una Josefina Bonaparte de mármol que tienen en algún museo, someramente tapada su desnudez por una sábana a la romana, que se le escurre por debajo de un pecho. Y lo enseña con naturalidad, más allá del pudor y más acá del alarde. No es uno de esos pechos pulsátiles y revoltosos, sino uno tibio, sorprendido por la luz en su estado más casero. De igual forma, a Yola la camiseta le resbala sobre el hombro y lo muestra, es una redondez huidiza y carnosa en su modestia.

La arrollada camisa de dormir deja al aire un muslo turgente, marmóreo como tendría que ser bajo los pliegues el de la emperatriz Josefina. Un tanto linfático, eso sí, fruncido allí donde la elasticidad se resiente con el paso del tiempo. Pero aún es un muslo en el virtuoso punto equidistante de la garza

top-model y la matrona africana. Y dadas las circunstancias, él quizás debiera bendecir su suerte en lugar de buscarle pegas e inconvenientes.

Hacia ese muslo baja Yola sus ojos, seguro que planteándose la conveniencia de una sufrida depilación, cuando se encuentra con los ojos de él.

—¡Ah! ¿Viniste anoche a dormir? No te sentí acostarte —afirma o pregunta ella con una apática sonrisa de buenos días, aún absorbida por el tema de las malas hierbas pilosas.

Sí, anoche se le ocurrió dormir en casa de Yola, pero de camino hizo un receso en La Frontera. Es un pub que estuvo de moda en los setenta y desde entonces se abastece de clientes leales e imprevisibles. Nostálgicos que se dejan caer por allí porque siempre encontrarán su sitio libre en la barra, y la copa de proporciones e ingredientes a su medida que le ponen por delante sin preguntar, por más tiempo que haga desde la última visita.

Auxiliado en fines de semana por estudiantes que así se costean la emancipación, La Frontera la regenta un tipo misántropo que cojea a resultas de un accidente negligentemente atendido. Nunca se le oye dolerse de la fractura mal consolidada, por más que se le note fastidiado cuando se remueve el tiempo. Es todo cuanto le permite su sepulcral temperamento, que misteriosamente irradia al entorno. A los estudiantes eventuales, por ejemplo, que al poco de incorporarse a la caleidoscópica plantilla caen en un mutismo acorde con el silencio reinante. Se percibe en el salón de aplastado techo y lámpara que desciende sobre el verde tapete de una mesa de billar. Alrededor de ella se celebran mudas partidas que

parecen duelos a vida o muerte, la tensión segmentada por el entrechocar de las bolas.

A veces entra alguna bullanguera reunión juvenil que ha elegido este bar al azar, sin saber de su rancia tradición resistencialista. El diablo cojuelo intercambia una mirada de complicidad con el cliente solitario. Poco les durará la alegría a los recién llegados, lo que tarde en hacerles efecto el laconismo depresivo que les dosifica en las consumiciones.

En contra de su norma lúgubre, el barman está hoy medianamente comunicativo.

—¿Qué? ¿Tenemos una mala noche?

La Frontera está decorada con documentos gráficos de la revolución mejicana. Braceros aindiados cruzados de cananas, mujeres andrajosas sentadas en cuclillas y regulares de aspecto chocarrero e indisciplinado, como el que ridiculizan las películas de Leone. La diferencia estriba en el humano volumen que tienen los retratos de estas paredes, con sus vertientes de alegría y de dolor, de tequila y añoranza familiar, de tripa suelta por la muerte que los acecha o por la que tienen que administrar.

Hay un individuo que está siempre frente a su taburete habitual, de pie y con las manos en los bolsillos. Posa delante del madero al que le amarrarán las muñecas, pero lo único que parece molestarle es el sol que lo deslumbra, pues lo fusilarán de cara al este. Guiña los ojos, y no se sabe si sonríe o qué, los labios ondulados podrían estar tanto fumando como sosteniendo un mondadientes después del último desayuno.

Detrás de la impresionante sangre fría de este guerrillero se adivina una lucha sin desmayo por domar a la vida o vivirla a su modo, al margen de cebos y presiones. Es el único de

toda La Frontera que destila un orgullo de humana especie, vencedor de la miseria que cava bajo nuestros pies. Una epopeya la suya que, incluso a los ojos de un observador escéptico, lo eleva a la categoría mística de héroe, solo que este alcanza la inmortalidad iconográfica con una sonrisa burlona en los labios.

¿Que si tiene una mala noche? Recuerda que también el cojo ha encanecido modelándose la vida a su modo y manera. Se le conocen salteadas militancias en el anarquismo ecológico, el avispero de las licencias municipales, el trapicheo del hachís o la batalla de los derechos civiles. Por encima de su cabeza, el zapatista persiste en su sonriente desafío. Eso sí después de una mala noche, que sin embargo no parece haberlo doblegado.

—Bueno, he visto cómo machacaban a un tío delante de su hijo. Aunque no te afecte directamente, eso te revuelve el estómago.

No está seguro de haber sido entendido desde el otro lado de la barra. La gente que trabaja en locales nocturnos se vuelve insensible para las controversias en las que tiene que perder alguien.

—Siempre hay alguno dispuesto a joderte la salud —sentencia el cojo, y tocándose la cadera mala se va hacia el extremo, desde donde le han chistado en demanda de algún bebedizo.

Hay personas de una salud gelatinosa, que se conmueve como hoja aterrorizada ante la sola idea de enfermar. Y las hay también con una salud de roca, resistente tanto a achaques como a malquerencias. Nunca se sabe si son invulnerables a

ellos, o es que los evitan con su ágil juego de cintura. Yola, por ejemplo, conserva una cintura bien torneada, aunque no se la cuida mayormente.

Tras saltar de la cama, con un entusiasmo práctico que no justifican las pobres promesas del día, se ha encerrado en el cuarto de baño. Allí se habrá deshecho de su camiseta y, con acompañamiento de charanga acuática, estará procediendo a sus abluciones matutinas. Formas macizas de olimpismo helénico por las que chorrea el agua en su versión higiénica.

Esta mujer tiene la costumbre, él supone que enraizada en su origen rural, de ducharse por la noche, al tiempo de irse a la cama. La apresurada sesión matinal solo tonifica los poros de la mitad superior del cuerpo, antes de aplicar unos maquinales afeites y someter los mechones del cabello que más ha soliviantado la almohada. Tampoco precisa Yola de más acicalamiento, es completamente inodora. A veces, mientras aún dormía, se ha acercado él a olfatearla en busca de algún hálito, ya fuera pestilente o floral. No ha hallado ninguno. Es como si su cuerpo se mantuviera en un perpetuo invierno celular. La piel es de un tibio que ni transmite ni induce emociones táctiles. El sistema nervioso, un circuito flemático reñido con los sentidos.

A él bien que le pesa esa frustración del olfato. Le encantaría, algún día, percibir por un resquicio de la carne saludable el tufo fallido, que le valdría para zanjar justificadamente esta relación inapetente.

—Hasta luego —le oye él decir al taconeo, que tintineando las llaves se aleja por el pasillo.

Una despedida muy versátil, sirve para unas horas o unos días. Los que puede tardar él en volver a pernoctar, pero Yola nunca se inquieta por sus retrasos no anunciados.

Desde la cama se oirá cómo cierra con un leve portazo, que desvanecerá de nuevo el espejismo de una sincera relación entre ambos. Él seguirá acostado media hora más. Ella se dirigirá de la manera más directa posible a su coche. Luego, a su despacho. Y ya instalada en él, flechada hacia el final de la jornada, que tratará de alcanzar sin complicaciones.

Realmente, él no sabe cómo se puede permanecer anclado a una actividad, ocho horas seguidas, sin disfrutar con ella o compadecerte de ti mismo. Su caso es el segundo. En una planta de un edificio cercano hay una mesa, con las fauces abiertas, dispuesta a devorar un tercio de su vida so pretexto de alimentar a los otros dos.

«Corrector de edición», fue la categoría que le asignó solemnemente el jefe de Sucesos. Una catalogación formal de su verdadera misión en el periódico: la de hacer legibles las notas manuscritas o grabaciones que los intrépidos reporteros van depositando sobre su mesa.

—Los periodistas de calle tienen un estilo muy… montaraz. Pero aquí —y el jefe de Sucesos señalaba con su índice hacia abajo, como escurriéndolo—la tónica tiene que ser otra. Estamos en el mundo de la gacetilla, y todo ha de pasar por el tamiz del raciocinio. Hasta la sintaxis.

Y para eso está él allí, para darle cierta prestancia gramatical a las historias de otros. Historias a las que la truculencia no salva del determinismo, a la postre el final del *yonki* o la pareja mal avenida es conocido de antemano. Para abreviar, la retahíla de datos podría consignarse en un cuadrante mensual,

lugares, nombres, antecedentes, asteriscos chistosos o enternecedores… El lector atareado consultaría así la página estadística y se haría una idea de la temperatura social, aunque personalmente no estuviera involucrado en los hechos.

Todas las mañanas, bajo la ducha, le pone nombres a su oficio. «Notario idiomático de episodios sórdidos», «orífice dorador de sandeces», «filólogo pesetero»… Porque el único aliciente que encuentra en su trabajo es la nómina que le ingresan en su cuenta los días uno. Aunque él preferiría que lo hicieran por conducto del castizo sobre en mano, para apurar el cáliz de la vileza que le ensucia esa mano de amanuense, pero no el alma.

Ningún otro acicate hay en aquella redacción, como no sea el pique de entendidos en la materia que existe entre el jefe de Sucesos y él. El tipo posee una sólida erudición, que destila gota a gota con un autoritarismo cuartelero fuera de lo común. Si alguna cuartilla pasa por sus manos, no la dejará ir sin un par de expeditivas tachaduras, algún neologismo que sustituye por términos de honda raigambre castellana, alguna *vesania* o *preboste* o palabras así de cuando firmaba columnas en diarios regionales.

—Esto a la papelera. Lo rehaces —se limita a decir a veces, sin más.

Tener que soportarlo lo indigna y desespera. Su vida le parece agua sucia que se va por el sumidero.

Camino del sumidero va el agua sucia que ha descamado los epidérmicos resabios de la víspera. Y así ocurre todas las mañanas. No podría salir a la calle con la costra de la que lo ha librado el torrente termal hasta el día siguiente. Al abrigo del aguacero fino y caliente concibe renovados proyectos

disolventes. Idea y desecha sin cesar fórmulas como el tiro en la boca, al que el cerebro puede sobrevivir espasmódico para suplicar que lo rematen. El salto al vacío, que antes del encontronazo final prolonga insoportablemente el zoom de la panorámica, inasible ya y tan bella que en su transcurso puede sobrevenir el arrepentimiento. La indigestión por barbitúricos, que suele terminar ante la cara de repulsa y piedad del facultativo que te lavó el estómago. O el despeñamiento automovilístico, que quizás te conduzca ante el mismo facultativo, empecinado en que abandones la silla de ruedas, hoy en día las posibilidades de la fisioterapia son muchas.

Parece fácil, pero morir es más complejo que vivir, piensa mientras sale de la ducha. Algo así como dejar de caminar cuando no se va a ninguna parte. Siempre podría decirte alguien:

—De todas formas, parado te aburrirías. Camina pues.

Eso le queda por delante. Caminar sin punto de destino fijo, matar este tiempo de mala calidad que siempre se reproduce. Caminar y hacerse mala sangre con los comentarios de esquina que enfurecen y desalientan. Sentir el enfado que vuelve a extenderse como una sombra solar por su piel, hasta que el estómago se le contrae en vacío, y en algún mostrador toma un bocado, antes de sentarse a la mesa laboral.

Su horario comienza a la una, cuando el turno de mañana se apresta a la desbandada final. Y termina a las ocho con el cierre de edición, en la deprimente compañía de las limpiadoras y su zafarrancho de fregonas y bolsas de basura.

Hoy tendrá que habérselas, seguramente, con el tema de ese pub en el que se abusaba de menores. «Cierre gubernativo de un local donde se practicaba la prostitución homosexual.

Interrogado el propietario y un número indeterminado de personas implicadas».

Señores de edad que les pagaban la felatio a los adolescentes. Se ha decretado el secreto del sumario, de modo que habrá que conciliar prudencia informativa y garra noticiosa, como exige el estilo de esta empresa editorial.